

UNA MIRADA DESDE LA NARRATIVA POLICIAL

por RAMÓN DÍAZ ETÉROVIC

Buena parte de los libros que he escrito y publicado hasta la fecha, se inscriben en esa mirada narrativa particular denominada novela policial y más específicamente, “novela negra”. Es decir, un género que desde sus orígenes caminó sobre los límites de lo que durante mucho tiempo se entendió como literariamente correcto, planteando nuevos códigos para mirar y reflexionar acerca de lo que en definitiva creo es el objeto de toda literatura: la condición humana. Desde el instante en que a la narrativa policial se le ha definido o caracterizado como “género” se le han querido establecer limitantes para que no tenga la osadía de contaminar a la narrativa supuestamente “pura” o “seria”. Intento inútil, porque es bien sabido que la única frontera que existe en literatura es la que separa los buenos libros de los malos. Por ello, y para fortuna de los que creemos que la llamada literatura de género no se diferencia en su esencia de cualquier otra, hemos contado con escritores como Chandler, Hammett, Jim Thompson, Simenon, que nos enseñaron que se puede hacer buena literatura desde sus supuestos márgenes, como también lo han hecho, con acento y sabor latinoamericano, autores como Paco Ignacio Taibo II, Mempo Giardinelli y Osvaldo Soriano, por mencionar sólo a cuatro autores que han dado vida a ese fenómeno narrativo al que se le llama el “neopolicial latinoamericano” compuesto por un número cada día más grande de autores que abordan su creación desde la perspectiva de la literatura policial, en el marco de la realidad latinoamericana.

El fenómeno del neopolicial latinoamericano corre de manera paralela al auge que tuvo la novela policial en España, de la mano de autores como Juan Madrid, Andreu Martín y Manuel Vázquez Montalbán.

Sus antecedentes latinoamericanos estarían en la obra de algunos escritores argentinos como Rodolfo Walsh, en los cuentos de Isidro Parodi escritos por Borges y Bioy Casares, en algunas novelas del escritor mexicano Vicente Leñero y en autores chilenos que si bien optaron por el molde clásico de la novela policial, hicieron su aporte al desarrollo del género: Luis Enrique Délano, Alberto Edwards y René Vergara. Sin embargo, el principal aporte a la aparición del neopolicial —al menos desde mi perspectiva de lector y autor— se da en las novelas de Osvaldo Soriano, quien con *Triste, solitario y final* amplió y validó el camino de la novela policiaca con aliento latinoamericano. Una senda que posteriormente ratificaría con sus novelas: *No habrá más penas ni olvido* y *Cuarteles de invierno*. Textos en los cuales a partir de los códigos de la novela policial, demostró que se podía recrear la realidad de los países latinoamericanos donde crimen y política han sido una ecuación trágicamente perfecta. Soriano enseñó a tomar las mejores virtudes del género y también a transgredirlo para convertirlo en algo propio, acorde con nuestra realidad.

En términos generales, estimo que los autores que hemos asumido el desarrollo del género policial en Latinoamérica tenemos en común el haber adoptado el género policial como expresión de nuestros afanes narrativos; reconocernos como autores de literatura policiaca a despecho de los prejuicios que sobre el género pudieran existir en los medios editoriales y críticos; y la exploración de temas y personajes vinculados a la realidad social y política latinoamericana, en la que los principales crímenes son una cuestión de Estado o propiciados por un medio de corrupción política y económica.

En cuanto a la realidad chilena, basta dar un vistazo a algunas novelas publicadas en los últimos años en Chile para darse cuenta que el género policiaco ha anulado las fronteras que en algún momento se le impusieron. Hoy, por un lado, impregna a una buena cantidad de la narrativa que se escribe y que no se reconoce a sí misma como policiaca, pero que usa sus códigos, su lenguaje y estrategias. Y por otro lado, ha generado la escritura y publicación de autores que, ya sin prejuicios, conscientes de las posibilidades del género, lo han asumido como su forma literaria. Es decir, la narrativa policial ha terminado por imponer sus términos y, hoy en día, es acogida como lo que son: buena narrativa y punto. En tal sentido, el género policiaco constituye una narrativa

victoriosa, capaz de influenciar a otras expresiones y, además, capaz de autodesarrollarse continuamente, adaptando sus códigos a distintas sensibilidades y experiencias por narrar, lo que bien puede ejemplificarse con el auge que la narrativa policial ha tenido en Chile, vinculada especialmente, a su acontecer socio político e indicando con ello que es una forma literaria que en otras circunstancias históricas, geográficas y culturales en las que se originó, sigue siendo eficaz y profunda.

En Chile, pese a existir el entusiasmo lector por el género, hasta la década de los años ochenta, éste no había sido desarrollado por los narradores chilenos con la continuidad que se evidencia en países como México, Argentina y Cuba. En sus primeras manifestaciones, se puede decir que la narrativa policiaca fue un género que padeció ciertos prejuicios de parte de los escritores, y en cuanto a su difusión editorial, esta fue más bien marginal. Lo dicho se refleja de algún modo en que muchos de los primeros autores chilenos que incursionaron en el género lo hicieron amparados en seudónimos, y en que los relatos policiacos tuvieron, de preferencia, una difusión en revistas y periódicos, alcanzando los medios editoriales sólo de manera esporádica.

Un breve recuento del género policiaco en Chile hay que iniciarlo con el nombre de Alberto Edwards, quien, con el seudónimo de Miguel de Fuenzalida publicó en la revista *Pacífico Magazine* las historias de Román Calvo, el Sherlock Holmes Chileno, como su mismo creador no vaciló en llamar, acusando la influencia del personaje creado por A. Conan Doyle. Román Calvo desenreda asuntos confusos, encuentra a criminales acostumbrados a burlar a la policía y entretiene a sus lectores con sus deducciones y atisbos sorprendentes. Los cuentos de Alberto Edwards —publicados por la Editorial del Pacífico, el año 1953— reflejan las costumbres sociales de la época en que fueran escritos y están dotados de una buena dosis de ironía y humor.

En el caso de Luis Enrique Délano, Premio Nacional de Periodismo y destacado autor de novelas como *El laurel sobre la lira* y *En la ciudad de los Césares*, sus obras policiacas se publicaron en Argentina y México con los seudónimos Mortimer Gray y José Zamora. *Desdémona en apuros*, *El collar de Jessica Rockson*, ambas novelas publicadas en México el año 1980, tienen como protagonista al inspector Vicente Camacho: “un policía sencillo y humano, con bigotes a lo Pedro Armendáriz”. Las novelas policiacas de Luis Enrique Délano aún permanecen inéditas en

Chile. Con el seudónimo Mortimer Grey, publicó las novelas: *El extraño caso de la cifra*, *Muerte entre los pinos*, *Philip Dane en acción*, *El dueño de los venenos* y *El caso de la mujer azul*.

Después de Luis Enrique Délano podemos mencionar a René Vergara, autor, entre otros, de los libros: *El caso de Alicia Bon*, *La pluma del ángel*, *Un soldado para Lucifer* y *Las memorias del inspector Cortés*. Protagonista de la mayoría de sus escritos es el Inspector Cortés, apodado el "Mono", quien suele beber abundante cerveza, abomina de Agatha Christie y dice que en su vida ha visto más exhumaciones que bautizos. La obra de René Vergara ahonda en los espacios de la marginalidad social y sus relatos evidencian el conocimiento que tenía sobre el crimen y sus motivaciones. Con Vergara desaparece la "inocencia" en la literatura policiaca chilena y se empapa del aire de los callejones, de las barriadas y de personajes excluidos del sistema.

Poli Délano, autor de *En este lugar sagrado* y *El hombre de la máscara de cuero*, entre otras novelas, publicó en México, con el seudónimo de Enrico Falcone, la novela policial *Muerte de una ninfómana*, reeditada en Chile el año 1997 por LOM Editores. Esa novela, más algunos cuentos como *Felices* y *Adivinanzas*, y su permanente difusión del género hacen de Poli Délano un acertado y entusiasta cultor del género.

En los años ochenta se evidencia un renovado interés de los escritores chilenos por abordar, en forma sistemática o esporádica, el género policial. Mauro Yberra es un caso especial en la narrativa policial chilena de los últimos años. Bajo ese seudónimo se esconden los nombres de los escritores Eugenio Díaz Leighton y José Leal. Hasta la fecha, Mauro Yberra ha publicado dos buenas novelas: *La que murió en Papudo* y *Mataron al don Juan de Cachagua*. Luis Sepúlveda, el autor de *El viejo que leía novelas de amor*, ha realizado hasta la fecha una triple incursión en el género policiaco, con *Nombre de torero*, *Diario de un killer sentimental* y *Yacaré*. *Nombre de torero* tiene como protagonista a Juan Belmonte —un chileno con nombre de matador— que ejerce un pobre oficio de matón en un cabaret de Hamburgo. La narración de la historia desde distintas perspectivas contribuye al suspenso, a la vez que sirve a Luis Sepúlveda para presentar a toda una galería de personajes marcados con el signo de los perdedores, de aquellos que lo han entregado todo en función de un sueño y que, derrotados, llegan a conocer los ribetes más oscuros de la vida.

El año 1996, José Román publica la novela *El espejo de tres caras*, un notable aporte al neopolicial chileno. Novela atrayente, narrada con gran

economía de recursos, descripciones acertadas y una trama que enlaza distintas voces e historias para recrear un mundo oscuro. Otros autores que se han destacado dentro del género son Roberto Ampuero, Antonio Rojas, Francisco Rivas, Dauno Tótoro, Bartolomé Leal y Mauricio Electorat. Con las obras de los autores mencionados y de otros que con seguridad se me olvidan, en los últimos años el género policial ha experimentado una reinstalación en el panorama de la narrativa chilena, a través del trabajo de autores que los asumen directamente, o que utilizan sus claves —sobre todo de enigma, atmósfera y personajes desencantados— para retratar el Chile vivido en las tres últimas décadas del siglo veinte. Reinstalación que en especial es asumida por algunos narradores de la llamada “Generación de los 80” que, al decir de Rodrigo Cánovas en el libro *Novela chilena. Nuevas generaciones*: “El modo privilegiado por esta generación para rescatar el pasado es el relato de la serie negra: un detective privado lleva una investigación en una sociedad en crisis”. O como señala la profesora Magda Sepúlveda en el mismo libro antes citado: “La novela policial surge como una nueva forma de representar la realidad nacional. Los delitos relatados en estas novelas escritas a partir de 1980 afectan a toda una comunidad y su reconstitución está vinculada a los procesos de articulación de la memoria del país”.

La opción por el género policial

Mi opción por “la novela negra” nace como una búsqueda de una literatura que me permitiera expresar el sentir de una sociedad bajo vigilancia y el trasfondo de violencia y poderes ocultos en que se desenvuelve. El abordaje al género lo inicié el año 1987 con la novela *La ciudad está triste*, y en ella nació Heredia, un detective marginal y solitario, que lo único que tiene a su lado es a un gato llamado Simenon, algunos libros, botellas siempre en camino de la nada, su memoria que se niega al olvido que decreta el sistema político, y uno que otro amigo que lo acompaña en sus andanzas. Duro y sentimental, posee un código ético que lo impulsa a meterse en cuanto problema se le presenta con el afán de establecer un mínimo de justicia. Heredia, su origen y posterior desarrollo en siete novelas, es parte de mi proyecto de escribir desde un género que desde sus inicios ha sido un testimonio crítico, el reflejo de realidades angustiantes en la que los límites entre lo legal y lo ilegal suelen ser tenues o inexistentes.

Mi opción por la narrativa policial, vista desde la realidad chilena, la siento determinada por la necesidad de testimoniar ciertas circunstancias marginales, creando el discurso de un antihéroe, descreído, desencantado, pero con la ética y el valor suficiente, para mirar un país sin caer en concesiones, sin inclinarse frente al poder; capaz de mantenerse fiel a ideas, que probablemente sean las que nos liberen de la irracionalidad y crueldad de este siglo que ya finaliza. En ese tiempo de desgarró social que me tocó vivir, llegó un momento en que pensé que esa situación tenía un espacio abordable desde lo policiaco. Mi pretensión no ha sido otra que escribir de lo que me rodea, de mis vivencias, y tratar que mis palabras provoquen en sus lectores una mirada más atenta, menos complaciente con la época en que vivimos.

Heredia —el protagonista de mis novelas es un detective o investigador legal como él se define en la placa que cuelga en la puerta de su oficina, sin saber muy bien de qué se trata eso— está construido a la usanza de los personajes clásicos del género, pero con otras características de lenguaje, aptitudes y visión de mundo que lo distancian, le dan otra personalidad y lo ubican en una realidad como la chilena, que es en la cual él se desarrolla y actúa. Heredia es un aficionado a la lectura y a las citas literarias —dos herencias de don Quijote de la Mancha. También es aficionado a las carreras de caballos y apuesta generalmente con buena fortuna, lo que le permite financiar los gastos que demandan sus investigaciones. Como todo buen chileno, suele protestar por los trabajos que le toca realizar, pero al mismo tiempo declara en una de sus novelas: “me gusta lo que hago y creo que no son muchos los tipos que pueden decir lo mismo”.

Ha sido caracterizado como un sujeto algo oscuro, sensible, melancólico, testigo de las heridas de un Chile maltrecho. Dueño de un humor negro, de espíritu crítico y marcado escepticismo, cuyo deambular se da por las calles de un Santiago de clase media, opaco, tristón, pero cargado de vitalidad, donde todo puede suceder y el crimen está a la vuelta de cualquier esquina. Su principal —y a veces única compañía— es un vagabundo gato blanco que responde al nombre de Simenon —obviamente en homenaje al escritor belga— y por el hecho que al llegar por primera vez a la oficina de Heredia, el gato se instala a dormir sobre las obras completas de Simenon que el detective mantiene entre sus lecturas habituales. Con su gato Simenon suele imaginar que sostiene

diálogos que le sirven para reflexionar acerca de sus inquietudes existenciales o sobre los detalles de los crímenes que investiga.

Heredia —personaje sin nombre de pila, o mejor dicho, con un nombre algo estrambótico que nunca se menciona— nació el año 1987, como señalé unos párrafos más atrás, con la publicación de la novela *La ciudad está triste*, en donde, como el título lo sugiere, aparece el retrato de una ciudad —Santiago de Chile— desdibujada por los tonos oscuros. Entonces —quisiera insistir— la novela negra no era un género frecuentado por los escritores chilenos y por lo tanto hacer novela negra con sabor chileno, era una apuesta que bien pudo caer en el vacío, pero que afortunadamente no fue así, quedando abierta la opción de dar más alas a Heredia y sus andanzas, en otros títulos, como *Solo en la oscuridad*, *Nadie sabe más que los muertos*, *Ángeles y solitarios*, *Nunca enamores a un forastero*, *Los siete hijos de Simenon*, *El ojo del alma* y *El hombre que pregunta*. (Los dos últimos títulos se encuentran inéditos).

Cuando escribí la primera novela de Heredia no imaginé que iba a tener su compañía por tanto tiempo ni menos contar con lectores que siguen sus aventuras, visitan los lugares que él habita en la ficción, o me dan ideas para incorporar en las novelas. En la personalidad de Heredia, en su visión de mundo, probablemente exista el reflejo de los sentimientos e ideas de otras personas, generándose una identificación que, en tanto responsable de su existencia, me resulta motivador para continuar sus aventuras literarias. Tal vez sea el típico caso del personaje que le dobla la mano a su autor. Pero, lo cierto es que él se las ha ingeniado para seguir a mi lado e imponerme sus historias, hasta convertirse —para decirlo a la manera de Paul Auster— en una suerte de “hermano interior” del que me preocupa no tener noticias todo el tiempo y al cual le debo muchas de las satisfacciones que he tenido en este oficio de crear historias y tratar que otros las compartan.

Al mirar el conjunto de las novelas protagonizadas por Heredia siento que en ellas, consciente o inconscientemente, he ido trazando una suerte de cronología de la historia chilena de los últimos veinte años, y que en tal sentido Heredia ha cumplido su rol de testigo de esa historia, de aguijón que ha punzado en algunos temas especialmente sensitivos de la realidad social chilena. En las novelas de Heredia hay un discurso esencialmente moral, ético, relacionado con el accionar de los poderes y la

degradación constante de la sociedad en que vivimos. En estas novelas hay un contrapunto evidente entre literatura e historia, a partir de temas fácilmente reconocibles. Y frente a esos temas, Heredia actúa motivado por una filosofía de resistencia, de pesimismo activo, que lo lleva a inmiscuirse en investigaciones que le permiten relacionarse con otros personajes marginales y en el límite, como él. Heredia tiene una posición nostálgica y ética, fiel a las ideas de justicia, solidaridad y verdad. No importa que ya no están muy de moda.